

Religión

MAYO DEL AÑO SANTO MARIANO 1954

Siempre ha sido el mes de mayo entre los buenos católicos, el mes de las flores y el mes de las virtudes; el mes del desbordamiento primaveral y el mes del fervor mariano y de la renovación espiritual; el mes de la flor de las flores y reina de todas las virtudes: María.

En este mes de mayo del año 1954, el entusiasmo de nuestra devoción a María debe convertirse en llamarada y expansionarse hasta tocar los límites de nuestras posibilidades.

Nos lo exige la fecha en que nos encontramos. Estamos celebrando el primer centenario de aquel día feliz en el que fue solamente definida la concepción inmaculada de nuestra Señora. Día de júbilo desbordante en el Cielo y en la tierra fue aquel ocho de diciembre del año 1854, cuando al definir S. S. el Papa Pío IX la verdad revelada, la perla más fina que ostentaba ya la riquísima corona de nuestra Reina celestial —la prerrogativa de su limpia e inmaculada concepción—, comenzó a brillar en toda su esplendidez, comenzó a enamorar al mundo católico con el hechizo de sus blanquísimos destellos. Días de santo júbilo han de ser también para todos nosotros éstos, en los que conmemoramos uno de los más gloriosos triunfos de nuestra Señora.

Nos pide nuestro amadísimo padre el Papa Pío XII, quien, para celebrar convenientemente tan fausto aniversario, decretó un año santo, en homenaje a la Santísima Virgen: el que corre desde la fiesta de la Inmaculada, ocho de diciembre de 1953, hasta la misma fecha del año en curso 1954.

Nos lo exigen nuestras mismas necesidades espirituales y las del mundo entero. Nuestra pobre naturaleza, vulnerable por el pecado original, gravita pesadamente hacia los bienes terrenos y sensibles. A poco que desfallezcan las alas del espíritu, perdemos la altura y orientación necesarias, nos arrastramos por el lodo y nos enrumbamos ciegamente hacia los efímeros bienes temporales, perdiendo de vista los verdaderos y eternos. Necesitamos que nuestra Madre celestial nos dirija su mirada luminosa y compasiva, que nos alargue su mano maternal y nos preste su auxilio y nos lleve a su amantísimo Hijo, nuestro divino Redentor, Jesucristo. Necesitamos mirarla, necesitamos mirarnos en Ella, para avergonzarnos de nuestra ruindad, para recordar y comprender nuestro altísimo ideal cristiano, para empeñarnos generosamente en llenar todas las amplísimas y profundísimas exigencias de tan soberano ideal.

Mucho es lo que nos pide y espera el Papa de todos los católicos; mucho es lo que nuestra Madre celestial, por medio del Papa, pide y espera de todos sus hijos durante este año santo. Esforcémonos por no defraudar amargamente, aprestémonos a colmar generosamente los deseos de nuestra tiernísima Madre. En su encíclica *Fulgens corona*, con la que promulgó este año santo mariano, escribe el Papa: "Las fiestas de este año centenario no sólo deben reavivar en cada corazón la fe católica y una ardiente devoción para con la Virgen Madre de Dios, sino también impulsar a los cristianos a imitar con decidido ahínco los ejemplos de la Virgen". **Fe viva, devoción ardiente a nuestra Señora, imitación decidida y empeñosa de sus admirables virtudes:** he aquí una buena parte de nuestros homenajes y de los frutos de este Año Santo. Fijemos nuestra atención en el último elemento.

No sería verdadera y práctica nuestra devoción a la Santísima Virgen, si prescindiese de todo empeño por la imitación de sus virtudes. La tendencia y esfuerzo por la imitación es nota esencial de la verdadera devoción. Esta es la verdad que nos inculca el viejo axioma comúnmente admitido: "El compendio de la devoción es imitar a los que veneramos. Tenemos con esto indicado uno de los aspectos principales de nuestra devoción a la Santísima Vir-

gen, y uno de los objetivos más prácticos a los que se han de dirigir nuestros esfuerzos especialmente durante el Año Santo: la imitación de las virtudes de nuestra Madre celestial.

En nuestra vida espiritual necesitamos de un ideal que despierte y eleve nuestras aspiraciones, que ilumine nuestros caminos, que oriente nuestros pasos, que temple nuestro espíritu, que provoque y mantenga vivo nuestro esfuerzo. El escultor genial no golpea el mármol al hazar; en su mente mantiene encendida la luz de la belleza ideal que quiere plasmar, la idea ejemplar que impulsa y dirige su cincel. El cristiano que quiere serlo de verdad, que desea progresar en su vida espiritual, es también un artista; un artista de orden superior, empeñado en la noble tarea de realizar la suprema obra de arte a que podemos aspirar en esta vida, decidido a plasmar en su propio espíritu la belleza ideal de la perfección cristiana. No puede por lo tanto martillar al acaso; debe mantener viva en su mente la luz del ideal que le guía en su penoso trabajo.

Para que un ideal impresione y resulte eficaz, ha de ser, sin perder su elevación, concreto; ha de humanizarse, encarnarse en un modelo sensible. El ideal de la perfección cristiana se encuentra realizado más o menos felizmente en multitud de modelos concretos variadísimos, acomodados a toda la extensa gama de los temperamentos; modelos que la divina Providencia presen- gen y semejanza de Dios (Gen. 1,26s); ta a nuestro espíritu de imitación.

Jesucristo nos señala el supremo entre todos los modelos posibles, cuando nos manda (Mt. 5, 48): "Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto". Este modelo que es Dios Nuestro Señor, perfectísimo en sí mismo —como que es el piélago sin fondo ni riberas, en el que se hermanan todas las perfecciones en grado infinito—, tiene la ventaja de abrir a nuestras legítimas ansias de progreso espiritual horizontes ilimitados que estimulan nuestro esfuerzo. Por mucho que avancemos en la conquista de la perfección cristiana, siempre se ofrecerán a nuestra vista horizontes inexplorados que provocan nuestros avances. Pero dada nuestra ruindad, tal modelo, sin dejar de ser útil, presenta una desventaja: es tan lastimoso ese sol de jus-

ticia, el Ser infinito, que nuestros débiles ojos apenas pueden sufrir sus resplandores, es tan elevado que pudiera provocar nuestra desconfianza, arrojarnos, descorazonarnos.

Dicho inconveniente se encuentra neutralizado, casi eliminado en Jesucristo. En efecto, en Jesucristo el sol de la Divinidad aparece velado por su sagrada Humanidad, humanizado, suavizado, atemperado a la debilidad y condición de nuestra naturaleza. Verdaderamente en Jesucristo apareció la benignidad y amor a los hombres de Dios nuestro Salvador". (Tito 3, 4). Poseyó una naturaleza humana como la nuestra; en él "no tenemos un Pontífice incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, antes bien probado en todo a semejanza nuestra, excluido el pecado" (Hebr. 4, 15). Por esto siempre será Jesucristo el gran modelo de cuantos, por ser suyos, nos llamamos cristianos; y siempre será uno de nuestros principales deberes —puesto que somos discípulos de Jesucristo, miembros del Cuerpo místico de Jesucristo—, progresar en la imitación de Jesucristo. El mismo divino Maestro nos enseña este deber en aquellas palabras: "Ejemplo os he dado" (Juan 13, 15). Mucho se podría escribir sobre las ventajas que nos brinda este modelo divino-humano. Pero baste, por el momento, recordar la excepcional popularidad de que goza, en buena parte por su tema, aquel devotísimo libro que se llama "La Imitación de Jesucristo".

Permitásenos con todo recordar una exhortación muy significativa de San Pablo. En dos pasajes de su primera carta a los fieles de Corinto (4, 16; 11, 1), y en otro de su carta a los de Filipos (3, 17), suplica el Santo Apóstol: "Os ruego, pues, hermanos: sed imitadores míos, como yo lo soy de Jesucristo"; "Hermanos, sed imitadores míos, y observad (para imitarlos) a aquellos que se portan según el ejemplo que tenéis recibido de nosotros. Diríase que el Apóstol encuentra demasiado elevado el ejemplo de Jesucristo para los cristianos de Corinto; que siente la necesidad de aguardar y rebajar el vino para que sus cristianos los puedan tolerar. Por eso les propone, no directamente el ejemplo de Jesucristo, sino su propio ejemplo, juzgándolo tanto más llano y accesible a todos los fieles, cuanto menos elevado. En realidad los ejemplos de los santos y de nuestros prójimos fervorosos ofrecen la ventaja de su misma llaneza, proximidad y facilidad,

con la cual, lejos de abrumarnos, nos animan, nos estimulan y, por decirlo así, nos retan, provocando en nosotros una saludable emulación. Los santos poseyeron una naturaleza semejante a la nuestra, sintieron en sí mismos y tuvieron que domar pasiones parecidas a las nuestras, se movieron en una atmósfera religiosomoral que apenas podría diferenciarse de la que a nosotros nos rodea, tuvieron que pelear contra las mismas dificultades, peligros y tentaciones. Lucharon decididamente y triunfaron. "Lo que tantos y tantas pudieron ¿por qué no lo he de poder yo?" Esta fue la reacción de San Agustín entre los vaivenes y angustias de su conversión; esta fue la reacción de San Ignacio de Loyola en idéntica ocasión; y esta ha de ser, con la gracia de Dios, la reacción de todos los valientes, ante el ejemplo y heroísmo de los santos, y principalmente ante el heroísmo superior de la Reina de todos los santos.

En efecto, entre todos los santos, por su santidad incomparablemente elevada sobre la de todos ellos, se destaca la Santísima Virgen como modelo nuestro acabadísimo. "Espejo de justicia" la llama la Iglesia en una invocación de las letanías lauretanas. La Santísima Virgen es el espejo de Dios y es espejo nuestro; espejo claro de la justicia y santidad de Dios, y espejo revelador en el que debemos mirarnos y contemplar nuestra vida espiritual, si realmente queremos conocernos y mejorar-nos.

Todos los seres creados son en algún grado reflejos de las perfecciones divinas; como todos ellos son en último término obras de Dios, copias, siquiera sea borrosísimas, participaciones, aunque sean limitadísimas, de las perfecciones de Dios. Es la verdad que expresa San Pablo cuando escribe en su carta a los romanos (1, 20): "Los atributos invisibles de Dios se hacen visibles por la creación del mundo, al ser percibidos por la inteligencia en sus hechuras". Este reflejo de las divinas perfecciones, tenue y apagadísimo en los seres irracionales, que por ello se llaman vestigios de Dios, se aclara e intensifica en el hombre, creado a imagen y adquiere maravillosas claridades en el hombre justo y santo, ya que la gracia santificante es una participación sobrenatural de la naturaleza divina, un don de Dios que nos hace "consortes de la naturaleza divina" (S. Pedro II-1, 4).

Tenemos con esto lo suficiente para comprender que la Santísima Virgen, por su naturaleza, y principalísimamente por ser "la llena de gracia" y "lirio entre espinas" (Cant. 2, 2), es un espejo tersísimo, limpiísimo, que refleja fidelísimamente las perfecciones divinas con la máxima belleza y armonía. Es la "mujer revestida del sol" de la Divinidad, es la nubecilla que, iluminada por el sol de Justicia, despidió destellos vivísimos y parece confundirse con el mismo sol. Este es el sentir de la Iglesia cuando en su liturgia refiere a la Santísima Virgen aquellas palabras que en el texto sagrado nos hablan de la Sabiduría divina (Sabiduría 7,26): "Es candor de la luz eterna, y espejo sin mancha de la majestad de Dios, e imagen de su bondad".

Es, pues la Santísima Virgen modelo perfectísimo en sí, por ser ella el trasunto más acabado de las divinas perfecciones, que la bondad y el poder de Dios han realizado en una pura criatura.

Es también, por todo el conjunto de sus cualidades, modelo perfecto respecto de nosotros, el espejo de nuestra vida espiritual. Contemplándola, meditando su vida santísima, saltarán a la vista nuestros propios vicios y pecados, en violento contraste con su exquisita pureza; sorprenderemos fácilmente nuestras mermas y deficiencias espirituales, en llamativa oposición con su exuberante plenitud de vida espiritual. Notaremos lo que debemos evitar, lo que debemos procurar, y aun nos sentiremos animados a realizar la enmienda necesaria.

Modelo asequible, atrayente, fácil. La Santísima Virgen es, en primer lugar una mera criatura; privilegiadísima, sí, encumbrada hasta tocar los confines de la Divinidad; pero mera criatura. A diferencia de su divino Hijo el cual, semejante a nosotros y asequible por su Humanidad, se eleva por su Divinidad infinitamente sobre nuestra pequeñez, y por su misma grandeza como que nos abruma; María quedará siempre en el plano de los seres creados, es en todo caso "la esclava del Señor", accesible a nuestras plegarias, asequible a nuestras ansias de imitación.

Es además nuestra Madre espiritual. El amor maternal que nos tiene derrama un indecible encanto y atractivo sobre todas sus virtudes. Somos correlativamente hijos suyos, que debemos amor filial a nuestra amantísima Madre. Con sobrada razón se ha dicho que "el

amor o encuentra semejantes o los hace". El amor es un imitador habilísimo. El amor ardiente que debemos a nuestra Madre celestial abrirá nuestros ojos para que sorprendamos los más disimulados pormenores; nos impulsará suave y eficazmente a la imitación gozosa y perseverante.

Una madre buena desea vivamente y goza indeciblemente cuando sorprende sus propias perfecciones y virtudes reproducidas o ampliadas en sus hijos; cuando nota que sus hijos son sus propios retratos vivientes. Nuestra Madre celestial, la mejor de las madres, sueña también con ansias maternas en nosotros sus hijos; sueña y anhela encontrarnos cada día más parecidos a ella, sorprender en nosotros mejor dibujados cada vez los rasgos todos de su fisionomía espiritual, contemplarnos convertidos en retratos vivientes suyos. Y todo por nuestro mayor bien, ya que acercarnos y llegar a ser copias fieles de la Santísima Virgen, equivale a ser imitadores perfectos de Jesucristo, el divino modelo de los predestinados.

Una madre buena no sólo desea, sino que, en cuanto puede, procura dejar a sus hijos la mejor herencia, la de sus propias virtudes; se esfuerza por lograr que sus hijos sean reflejos vivos de su propio espíritu. En este empeño echa mano de todos los medios convenientes naturales y sobrenaturales: oraciones y ejemplos, consejos y admoniciones, reprensiones y alabanzas, premios y castigos.

Nuestra Madre celestial tampoco se contenta con desear; despliega solícitamente todas sus saludables influencias para gravar su imagen en nuestro espíritu. Es nuestra Madre y es a la vez nuestra medianera y la dispensadora de todas las gracias; es la abogada que llama a las puertas de la divina misericordia, implorando en favor nuestro la abundancia de las divinas gracias, y es, por disposición divina, la distribuidora de esos mismos auxilios sobrenaturales sin los cuales no podríamos comenzar ni continuar ni concluir cosa conducente para la vida

eterna. Su amor maternal pone en juego todo su poder, en orden a proporcionarnos las gracias actuales que despierten nuestra conciencia, impulsen nuestra voluntad, enciendan nuestro fervor, estimulen toda buena tendencia, abran las flores de los deseos santos, maduren los frutos de nuestras buenas obras. También esta Madre nuestra está a la puerta de nuestro corazón y llama, y nos espera o nos urge, nos alaba o nos reprende, nos alienta o nos previene; deseosa de que terminemos por asimilarnos sus pensamientos y criterios, sus pensamientos y deseos, sus virtudes, su espíritu. Lástima que nosotros andemos frecuentemente tan fuera y tan lejos de nosotros mismos, tan perdidos en la baraúnda de las impresiones terrenas, que la voz de nuestra amorosa Madre se pierde ordinariamente en las soledades de nuestro abandonado castillo interior.

— — — — —
Hablando el Señor con sus Apóstoles, poco antes de su agonía en Getsemaní, y respondiendo a una pregunta de Felipe, le dijo: "Felipe, el que me ve a mí, ve al Padre". Análogamente podríamos decir que quien ve a los santos —y principalmente a la Reina de los santos—, contempla y conoce a Jesucristo.

El ocho de abril del año 1950, en la primavera del año y en la primavera de su vida, murió en Madrid una novicia carmelitana, Teresa González Quevedo dejando en pos de sí el ambiente y el recuerdo de cuantos la trataron, deliciosamente embalsamado con la intensa fragancia de sus virtudes cristianas. Su lema, el secreto de su vida espiritual, había sido el que expresa aquella su jaculatoria favorita a la Santísima Virgen: "Madre, que quien me mire, te vea". Respondía con tal actitud al desec que nos dirige nuestra Madre celestial, mucho mejor fundado, mucho más apremiante que el de San Pablo: "Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo". Nos encontramos aquí con uno de los aspectos del axioma consagrado: "Por María a Jesús".

V. CANTERA S. J.

